

AÑO XX.—NÚM. 5582.

15 DE ENERO DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 15 de Enero de 1880.

SAN FULGENCIO.

APUNTES HISTORICOS.

Es antiquísima, robusta y univer-
sal la creencia entre nosotros de que
nuestro patrono San Fulgencio, que
aquí tomó puerto á su arribo á la vi-
da, volvió á tomarlo aquí tambien
para volver á la eternidad. Así lo
afirman varios historiadores, y así
se dá á entender en las lecciones del
antiguo breviario de la Iglesia Car-
taginense. Unos y otros concuerdan
tambien haber recibido la mitra pa-
ra tomar el báculo de este obispado,
de lo que resulta que este vástago
ilustre de la régia estirpe de los Os-
trogos, el cuarto, en el orden de
sucesion, de los hijos de Severiano y
de Turtura, tuvo en Cartagena su
orienta, su zénit y su ocaso.

No entraremos á relatar su admi-
rable vida; bien conocida es de sus
paisanos los Cartaginenses; y por
otra parte nuestro ilustrado párroco
el eminente orador Dr. Sr. D. José
Rizo-Lopez, lo hará mañana con las
galas de su brillante imaginación,
desde la misma cátedra donde nues-
tro Fulgencio hizo irradiar los res-
plandores de su ciencia. Discurra-
mos despues de su muerte.

Si quisiéramos buscar los princi-
pios de esa tierna devoción que aquí
le profesamos, la misma oscuridad
que sobre ello existe, habria de lle-
varnos forzosamente á los tiempos
mismos de su muerte, con la segu-
ridad de encontrarlos entre las tier-
nas lágrimas de sus contemporáneos
que le aclamaban por santo y padre
de pobres, y en el sentimiento uni-
versal de que se hizo eco todo el
reino por la muerte de tan gran San-
to. Con la devoción, debió nacer

tambien su culto; y en esto tenemos
la autoridad de San Julian, metropo-
litano de Toledo y tambien los Dis-
ticos de la Misa gótica. El P. Lepes
dice en su historia de Santa Floren-
tina, publicada en mil quinientos
ochenta y cuatro, que habia nueve-
cientos años que esta y San Ful-
gencio tenían Iglesia pública y al-
tar.

Entre nosotros no tuvo Iglesia
propia hasta el año mil quinientos
noventa y tres, que el obispo don
Sancho Davila reedificó el pequeño
oratorio que hoy llamamos de los
Cuatro Santos, anexo al palacio epis-
copal, al cual se le llamó á los prin-
cipios la Iglesia de San Fulgencio.

Altar lo tuvo mucho antes; y si la
lámpara que ante él ardía llegó á
apagarse cuando la invasion sarra-
cena, debió volverse á encender in-
mediatamente de restaurada esta
ciudad. Desde entonces en todas las
procesiones y rogativas vemos sacar
la imagen de San Fulgencio junto
con la de su hermana Santa Floren-
tina, como patronos del Obispado,
cuyas imágenes acaso sean las mis-
mas que hoy se ven en sus nichos ó
capillas en el retablo de la mayor
de la Iglesia catedral.

Ya en tiempos muy posteriores,
las imágenes de ambos santos solian
sustituirse en aquellos actos con sus
reliquias, que la piedad del referido
prelado D. Sancho trajo á la capital
de su obispado. La de San Fulgen-
cio consiste en un dedo índice, y es
parte de un brazo traído á Murcia en
tiempos de Felipe II, del lugar de
Berzocana, á donde habia sido tras-
ladado su cuerpo para librarlo de la
profanacion de los sarracenos. Di-
cho venerado fragmento es el que se
sacará mañana en procesion claus-
tral.

Conveniente seria, y dicho sea
de paso, que tanto esta reliquia, co-
mo la de Santa Florentina, y aun
otra de San Isidoro, que con la de
su hermana andan perdidas, se re-

cogiesen y guardasen en lugar vi-
sible de la parroquia de Nuestra Se-
ñora de Gracia, hoy que sobra tan-
to presbiterio donde poder hacerle
lado.

La especial devoción que Carta-
gena tuvo de tiempo inmemorial á
su prelado y patrono San Fulgencio,
llevo á solicitar en el año mil quin-
ientos noventa y cinco ante el Si-
nodo del obispado se guardase su
dia en esta ciudad como festivo, con
prohibicion de que se trabajase en
él, y más tarde, ya en los tiempos
del cardenal Belluga, se declaró de
precepto para todo el Obispado, con
rito de primera clase y octava. Ade-
más, las Iglesias de Sevilla y Palen-
cia celebran á San Fulgencio, como
la de Cartagena, con todo el oficio
de doctor, cual lo venian practican-
do de antiguo; y en las de los de-
más obispados con el evangelio pro-
pio de doctores.

En honor suyo rigió el obispo
D. Diego Martínez Zarzosa, en el año
mil setecientos cincuenta y tres el
Cábildo de beneficiados, á cuyo cui-
dado y espensas corre desde enton-
ces la funcion en el dia del Santo,
cual celebrará mañana en la Iglesia
catedral.

Por causa de la clausura de esta
Iglesia, debida al despotismo de
una parte de ella en el año mil
ochocientos diez, la funcion de San
Fulgencio se vino celebrando en la
parroquia de Nuestra Señora de
Gracia; pero desde el mil ochocien-
tos setenta y seis, que se abrió de
nuevo al culto, volvió á restablecer-
se su celebracion en aquel histórico
templo.

Tanto nos place, porque bajo sus
bóvedas, en aquel recinto que san-
tificó con su presencia y con sus
oraciones la ilustre y santa familia
de Severiano, nuestro espíritu pare-
ce gozar más de cerca de la vision
de nuestros patronos; la fe nos los
representa más alvivo que en nin-
guna otra parte; y no puede ser de

otro modo: junto al templo están los
lugaros que habitaron; en él la piscina
donde recibieron el agua regenera-
dora; templo donde conocieron á
Dios y recibieron las singulares gra-
cias de su ciencia y santidad.

MANUEL GONZALEZ.

Miscelánea.

M. Decaisne ha notado hace tiem-
po la intermitencia en los latidos del
pulso, á consecuencia del uso del
tabaco de fumar. Sobre 84 grandes
fumadores ha podido observar 21
casos de intermitencia, independien-
tes de lesiones del corazón. Esta in-
termitencia desaparece á seguida
de interrumpirse el uso del tabaco.
Despues sus investigaciones se han
practicado sobre niños fumadores
de nueve á quince años, y ha obser-
vado que los efectos incontestables
del uso del tabaco para fumar, son:
palpitaciones, intermitencia de pul-
so, cloro-anemia; se volvieran de otra
parte poco inteligentes, perezosos y
predispuestos al uso de bebidas alco-
hólicas.

M. Decaisne acaba de presentar á
la Sociedad de Higiene nuevos da-
tos tomados de mujeres fumadoras.
Desde 1865 ha podido observar 43
mujeres fumadoras; la mayor parte
han presentado trastornos de la
menstruacion y de la digestion; 8
presentaron una intermitencia de
pulso muy notable sin ninguna le-
sion del corazón. Dicho Doctor ha
dado la observacion muy detallada
de estas 8 mujeres en las cuales to-
do tratamiento propinado con obje-
to de combatir estas intermitencias
habia fracasado, mientras que la su-
presion del tabaco habia producido
constantemente un mejoramiento y
muy frecuentemente una desapari-
cion completa de los accidentes indi-
cados.

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA

DIA 15 ENERO 1880.

—27—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

Cambiamos pues de rumbo.

Idamos á cruzar la presidencia
de Calcuta.

En el profundo abismo de la tier-
ra, se extendia el caos en forma de
neblinas fluctuantes y cuya densidad
más pronunciada, á modo de ser-
piente monstruosa, seguia el curso
del Ganges.

Nuestra angustia era extrema.

Aquel radiante vuelo, cual jamás

concibió la mente humana, desvan-
cia nuestras cabezas.

Amaneció la luz del nuevo dia.

Aun no alcanzaba á ver distinta-
mente, cuando me dijo Nagari:

—Veo el mar delante de nosotros.
Maravillóme tal noticia.

—Concluimos de cruzar el Indos-
tan.

En seis horas escasas habíamos
recorrido una distancia de cerca de
ochocientos cosses. (1)

Esto era inexplicable, monstruoso,
y sin embargo, yo no podia dudarlo.
A la dudosa luz de la alborada y
aguzando mi vista, alcancé á ver ba-
jo mis plantas la gran isla de Cuth;
á mi derecha el Indus, que derramaba
su caudal en el golfo de Oman
por sus cien bocas; y al frente, á una

(1) Mas de 1000 millas.

distancia inmensa, dibujándose ape-
nas en muy lejanos horizontes, las
abrasadas costas de la Arabia.

—Volvamos, Nagari; vamos hacia
el Oeste y si decaen las aves, como no
pueden menos de cansarse despues de
tanto tiempo como llevan volando,
será el mar nuestra tumba;—grité á
mi guia temblando de terror.

—No puedo conseguirlo, Shaib,—
contestó Nagari.—A no dudar,—si-
guió diciendo,—han visto algo las
aves en la costa de Arabia que excita
su voracidad, y mis esfuerzos son
inútiles para que vuelvan hacia el
Este.

Y Nagari lloraba como un niño,
exclamando angustiado:

—Pobres criaturas de mi vida; yo
no os veré jamás...

—Ten esperanzas, Nagari,—le dije
conmovido ante aquella aflixion tan

llena de amargura.—Sigamos adu-
lante, y sea cualquiera el punto de la
tierra á que lleguemos, yo cuidaré
de tu regreso. Cuenta, despues de
Dios, conmigo.

Mis frases de esperanza tuvieron
la virtud de consolar al desdichado
Nagari, quien al cabo de un rato y
al espresar mi afan por llegar pron-
to á tierra, se permitió esta broma
con que logró arrancarme una son-
risa:

—¡Si yo llevara espuelas! pero
hay un medio, Shaib; gritales en in-
glés, que al fin son indias y tembla-
rán ante tus gritos.

Segui en los gritos incompresibles en
su furioso vuelo, y el Indostan huia
tras de nosotros disminuyendo en
dimensiones y borrando sus líneas
de detalle hasta llegar á aparecer á
nuestros ojos como un mapa geográ-